

Hizo cada guerrero
De este escuadron magnánimo y valiente,
En otro canto enumeraros quiero.

CANTO XXVII.

Llega Doralice á la tienda de su padre el rey de Granada. —
Corre Reinaldo en busca de Orlando y de Angélica. — Reve-
ses de los cristianos. — Reyertas entre los jefes moros. —
Doralice, obligada á decidirse en favor de Mandricardo ó de
Rodomonte, se pronuncia por el primero; desesperacion y
partida del segundo.

Entre los muchos especiales dones
Que la mujer del cielo ha recibido,
Es uno el de saber tomar partido
De pronto en apuradas situaciones.
Los hombres al reves; raro es que auxilio
Del estudio y del tiempo no reclamen,
Raro que á seria decision se inclinen
Sin un maduro y detenido exámen.

En su opinion discreto
Mangis no anduvo á fe (bien que, cual dije,
Del riesgo que le aflige
Salvar logra á su primo Ricardeto);
Cuando al de Argel y al de Tartaria exhorta
A suspender la lucha, no pensando
Cuanto su ausencia importa
Al pronto triunfo del cristiano bando.

Si de pensar en esto
Tenido hubiera el tiempo necesario,
Salvando á Ricardeto, á su adversario
No diera, no, consejo tan funesto.
Bastábale al espíritu que lleva
A la dama, mandar que del Ocaso,
O de Oriente á los límites remotos,
Por caminos ignotos
La arrebatara con lijero paso.

Lo mismo que á Paris, los dos amantes
La siguieran allí; mas, por desgracia,
No pensó Mangis ántes
De esta resolucion en la eficacia;
Y el infernal espíritu que impele
De Estordilano á la asustada hija,
Sangre buscando y destruccion, cual suele,
Toma, pues rumbo Mangis no le fija,
Uno que á Carlos y á su gente aflija.
Montes, rios, lagunas y barrancos
Atraviesa veloz, hasta que llega,
Por medio de Bretones y de Francos,
Y de las gentes todas que congrega
En torno á su estandarte el rey cristiano,
A la tienda del rey Estordilano.

Rodomonte y el tártaro de léjos
Siguen el primer dia á la doncella;
Al siguiente perdiéndola de vista,
Reconocen su huella,
Cual de tímida liebre ó corza lista
Conoce el can la engañadora pista,
Y de correr ni el uno ni el otro cesa,
Hasta que oye decir que de su padre
Llegó ya al campamento la princesa.

¡Ay de tí! Carlos: por distintas partes
Que estos dos, á tus tiendas
Llegan el rey Gradaso y Sacripante,
De quienes contra el impetu arrogante
Temo que inútilmente te defiendas!
Hostil fortuna á tu glorioso intento
A los héroes aleja
De mas fuerza y valor del campamento,
Y envuelto en triste oscuridad te deja.

De Reinaldo y de Orlando
Quiero hablar; este, trastornado el juicio,
Del valle al monte, y dél al precipicio,
Con lluvia ó sol desnudo va vagando.
No mucho ménos loco

El paladin de Montalban , no hallando
A Angélica en Paris , de tu defensa
Se olvida , y solo en sus amores piensa.

Ya dije cual , del fraudulento viejo
Escuchando el consejo ,
Con Orlando creyendo á esta doncella ,
Hacia Paris su huella
Dirige , y cual , allí llegado apénas ,
Parte hacia las británicas arenas.

Terminadas las lides en que al hijo
De Troyano asediar al cabo obtuvo ,
Vuelve á Paris , do con afan prolijo
De monasterio en monasterio anduvo ,
Y alcázares y casas registrando ,
Debiera hallarla , á ménos
Que de un muro ocultárase en los senos ,
No hallándola , ni á Orlando ,
Piensa que á Anger ó á Brava ,
Para gozarla á su placer , acaso
Haya torcido este caudillo el paso.

Alli sin mas tardanza
Parte ; mas nada descubrir alcanza ,
Y se vuelve á Paris , adonde sabe
Que debe presto retornar el conde ,
Si no quiere exponerse á un riesgo grave.

Un dia ó dos en la ciudad , adonde
Aguarda á Orlando , quédase ; mas viendo
Que no llega , en la angustia que le affige
De nuevo á Anger y á Brava se dirige ;
Y este rumbo mil veces recorriendo
Sin descanso cabalga ,
Ora el sol brille , ora la luna salga.

Mas del linaje humano
El eterno enemigo , el que de Eva
Impulso diera á la atrevida mano ,
Lívidos ojos en su saña eleva
De Francia hacia el ilustre soberano ,
Y , la ausencia advirtiendo

De sus mas bravos jefes , dura prueba
Le hace sufrir , de todos los confines
Del mundo conduciendo
De Agramante á los fuertes paladines.

A Gradaso y al bravo Sacripante
Él á venir indujo
Al socoro del campo de Agramante ,
Y hasta alli los condujo
Por senda ignota y por secreto influjo.
A un emisario suyo luego manda
Que á Mandricardo y al de Argel dé prisa

En ir tras Doralice ,
Que á su pesar con prestos pasos anda ,
Otro despues expide , que á Marfisa
Y á Roger lo que ocurre patentice.

Mas tarde que los otros , sin embargo ,
Llegó á cumplir este último su encargo ,
Pues , temiendo se encuentren
Rodomonte y Roger en su camino ,
Y que alli de Frontino
Por la conquista en nuevas lides entren ,
Ganar hace á los otros media hora
Sobre Roger y la guerrera mora.

Juntos con Mandricardo y Rodomonte ,
Sacripante y Gradaso á un sitio llegan
Que al francés campo vistas da y al moro ,
Do pendones sin número despliegan
Sus medias lunas ó sus lises de oro.

Ante el comun peligro , amigos vuelven
A hacerse todos ; que , cual solo medio
De salvar á su rey , hacer resuelven
Por fuerza alzar á Carlos el asedio.
Únense pues , y métense por medio
De las cristianas tiendas de campaña ,
Viva África , gritando , viva España.
A las armas bien presto en cada tienda
Se oye llamar ; mas en matanza horrenda
A este ataque imprevisto

Perece , sin haber quien lo defienda ,
Gran parte del ejército de Cristo.

Sin saber á do va , corre en tumulto
El Frances en distintas direcciones ,
Pensando que esto de algun nuevo insulto
Venga tal vez de Suizos ó Gascones.

Siendo á la mayor parte
Las causas de esta confusion secretas ,
Al rumor de atambores y trompetas
Va cada cual á unirse á su estandarte.

Armado todo , excepto la cabeza ,
El grande emperador , y rodeado
De sus magnates , á inquirir empieza
Quien haya así sus huestes atacado.
Al uno amaga , el paso á otro detiene ,
La sangre advierte , en fin , que á casi todos
El pecho , el rostro , ó la cabeza esmalta ;
Sin manos otro viene ,
Otro le sigue á quien un brazo falta.

Por el suelo tendidos ,
De propia sangre en espantoso lago ,
A muchos mira , y de sus bustos léjos
Ve con horror los miembros esparcidos.

Do quier que pasa el escuadron bizarro ,
Deja tras sí la ensangrentada huella
Que seguir suele de Mavorte al carro.
Lleno de ira , de asombro y de desmayo ,
Cárlos mira esta atroz carnicería ,
Cual mira atento , por hallar su via ,
Aquel en cuya casa cayó el rayo.

No habia al campo musulman llegado
Este primer refuerzo todavía ,
Cuando Marfisa por el otro lado
Con el bravo Roger sobrevenia.
Uno y otro , la vista
Tendiendo en derredor , conoce en breve
Que á su rey ante todo auxiliar debe ,
Y parte audaz y á combatir se alista.

Mas cual llama que rápida se extiende
Por largo surco hasta la oculta mina
Que , con súbito estrépito estallando ,
Gruoso peñasco ó recio muro arruina ,
Roger así y Marfisa se presentan ,
No sin que muchos su llegada sientan.
De tajo y de reves , de punta y corte ,
Hiere y destroza á la infeliz cohorte ,
Y por do quier su paso se señala
Cual el de una tormenta sobre prado ,
Del cual parte respeta y parte tala.

Las gentes que el furor han conjurado
De Rodomonte y de los tres primeros ,
Gracias daban rendidas
Al Ser supremo , que salvó sus vidas ;
Mas con Roger y con Marfisa en esto
Gran parte á dar de aquella gente vino ,
Y á demostrar que , próspero ó funesto ,
Conjurar nadie puede á su destino.

Cual zorra que , de antigua madriguera
Lanzada por el fuego
Que á su boca encendió crudo labriego ,
Mientras evitar este peligro espera ,
Con su familia entera
Víctima viene á ser de can hambriento ;
Así , miéntras á un riesgo se sustrae ,
En otro riesgo aquella gente cae.

Llegar los moros viendo al campamento
A Marfisa y Roger , los ojos alzan ;
Y , llenos de esperanza y de contento ,
Del Ser supremo la bondad ensalzan.
Ya no temen á Cárlos : ya el mas flojo
Del ejército infiel á la pelea
Volver quiere , y desea
Ver la tierra otra vez teñida en rojo.

Los formidables sonos
De cimbalos , trompetas y clarines
Del campo moro á todos los confines

Llevan céfiros frescos,
 Que agitan sus banderas y pendones,
 Por la parte de allá, á los paladines
 De Carlos agregándose tudescos,
 Franceses, italianos y bretones,
 Áspera lucha en breve
 Entre ellos y los de África se mueve.
 Unidos al de Argel el rey circaso,
 Roger, Marfisa, el tártaro Gradaso
 Y Ferragut y algunos otros hombres
 De quien la fama ya ilustró los nombres,
 De tal manera á los de Cristo hostigan
 Que al rey Carlos obligan
 A que á san Juan y á san Dionisio invoque,
 Y hácia Paris que á retirada toque.

Acongojada al fin se desordena
 Y perece gran parte de su gente,
 Que pasar no pudiendo por el puente
 A nado piensa atravesar el Sena.
 Muertos quedan ó en grillos
 De Carlos casi todos los caudillos.
 Roger tan solo y el marques de Viena
 Tornaron á Paris; aquel partida
 La cabeza sacó, y este otro trajo
 En el hombro derecho un hondo tajo.

Y, si cual el de Amon y cual Orlando,
 Abandonara á Carlos Brandimarte,
 Con él hubiera en tan intenso fuego
 Perecido de Cristo el estandarte.
 Cuanto puede hace Brandimarte; y luego
 Que hacer no puede mas, se llena de ira
 Al ver cual cede de Agramante al ruego
 Fortuna, y cual contra el frances conspira.

De huérfanos, de viudas y de ancianos
 A la etérea mansion los gritos llegan.
 Miguel los oye; ve de los cristianos
 La angustia, la congoja,
 Y se duele y sonroja

Al pensar que el Señor obedecido
 Por la Discordia pérfida no ha sido.

Cual siervo que su gloria
 Cifrando en complacer al caro dueño,
 Siente dolor si, falto de memoria,
 De algún mandato olvida el desempeño,
 Y ansioso trata de enmendar su olvido;
 Así el Arcángel, hasta haber cumplido
 El deber que el Eterno le impusiera,
 Volver no quiere á la celeste esfera.

Al monasterio donde hallado habia
 A la Discordia vuélvese al momento,
 Y hállala que sentada presidia
 Un capítulo en donde, del convento
 Los cargos confiriendo, se placia
 En ver como los frailes, en contrarios
 Pareceres por ella divididos,
 Se arrojaban, en cólera encendidos,
 A la cabeza atriles y breviarios.

Por el cabello asiéndola, la obliga
 Miguel á que le siga.
 Con pies y manos sin cesar la empuja
 Y sobre ella una cruz hace pedazos.
 Miguel no la abandona, que lijera
 Quiere que al moro campamento parta,
 Y la suerte le anuncia que le espera
 Si un punto de sus órdenes se aparta.

Bien que de rabia y de dolor blasfeme,
 La Discordia, que teme
 Verse de nuevo expuesta
 Del ángel á la cólera funesta,
 Sus fuelles va á buscar, y luego, luego,
 Pábulo dando al encendido fuego,
 Nuevo volcan enciende, cuya llama
 De pecho en pecho activa se derrama.

Al tártaro, á Roger, al argelino
 De tal manera inflama,
 Que sin esfuerzo á persuadirlos vino

De que, pues ya su apoyo no reclama
 Agramante, se debe
 A la suspensa lid volver en breve,
 Dejando á este monarca que resuelva
 Como y por quien á comenzarse vuelva.
 De su caso tambien habla Marfisa,
 Y volver sin tardar quiere á la lucha
 Que dejó contra el tártaro indecisa.
 Provocada, no escucha
 Consejo ni razon; ser la primera
 En combatir con Mandricardo ansia,
 Sin que, no digo un día,
 Mas ni una hora este encuentro se difiera.

No ménos ardor muestra
 Por salir Rodomonte á la palestra.
 La furia en tanto de Roger estalla,
 Y en alta voz declara á Rodomonte
 Que su corcel no sufrirá que monte
 Miétras no lo conquiste en la batalla.
 Y á complicar la cosa se presenta
 El tártaro en seguida, que promete
 Hacer al buen Roger que de su almete
 Quite el blason que con orgullo ostenta.
 En su furor intenta
 Solo contra los tres trabar batalla,
 Que trabárase, y áspera, y sangrienta,
 Si Agramante con ruego y con dulzura
 La razon no opusiera á la locura.

En paz ó en tregua, empero, no consienten
 Los guerreros feroces;
 Y, sordos á sus voces
 Viéndolos Agramante, uno por uno
 Decide que en el campo se presenten.
 Mas de distinto modo luego opina;
 Pues justo le parece
 Ver ántes lo que el hado determina.

Cuatro cédulas hace: en la primera
 Al rey de Argel y á Mandricardo inscribe;

Mandricardo y Roger en otra escribe;
 Rodomonte y Roger en la tercera;
 En la cuarta Marfisa y Mandricardo.
 Luego, al capricho de la instable diosa
 Sus nombres revolviendo, á sacar vino
 El del tártaro unido al argelino:
 Mandricardo y Roger salió el segundo;
 Rodomonte y Roger sale el tercero;
 Mandricardo y Marfisa es el postrero.

De esto experimentó dolor profundo
 Marfisa, así como Roger, que sabe
 Que es tal la fuerza de los dos guerreros
 Que á entrar van en combate los primeros,
 Que es de temer se acabe
 Toda otra lid cuando esta lid se trabe.

No léjos de Paris un sitio se halla
 De una milla ó muy cerca de contorno,
 Al cual sirve de valla
 Una eminencia con teatral adorno.
 Allí se alzó, mas el rencor y el fuego
 Hundieron su techumbre y su muralla,
 Castillo igual al que la vista fija
 Del que de Parma á Borgo se dirija.

En este sitio, pues, establecida
 Fué con algunas tablas la estacada
 De figura cuadrada
 Con dos puertas de entrada y de salida
 Anchas, cual es costumbre en casos tales.
 Llegado el día en que al monarca agrada
 Venir á presenciar esta reyerta,
 Hace que á cada cual de los rivales
 Se eleve un pabellon junto á una puerta.

Hállase en el que mira hácia Poniente
 De Argel el rey gigante,
 A quien una piel visten de serpiente
 Por cota Ferragut y Sacripante.
 En la puerta que mira al sol naciente
 Estan Gradaso y Falsiron pujante,

La troyana armadura con su mano
Poniendo al descendiente de Agricano.
En ancho y alto tribunal sentado
El rey de África estaba, y á su lado
El rey de Zaragoza, el de Granada
Y cuanta noble gente
Lleva en su campo el nombre de valiente;
Y en torno á la estacada
Tal es la turba, que feliz se estima
El que halla sitio en la muralla, ó puede
Tregar de un árbol hasta la alta cima.

Allí sentadas en dorada sede
Estaban, con la reina de Castilla,
Reinas y damas del hercúleo Estrecho
De Aragon, de Granada y de Sevilla.
En medio de ellas vese á Doralice
Con rico traje de dos telas hecho,
Una de color verde,
Otra de rojo que su tinte pierde.
Tambien vese á Marfisa en traje corto
Cual conviene á tan inclita guerrera,
Y cual quizá de Hipólita vió absorto
Termodonte la hueste en su ribera.

Ya con la cota de armas, en que ostenta
De su rey Agramante la divisa,
Un heraldo en el campo se presenta
Con el fin de impedir que nadie trate
De poner nuevo obstáculo al combate.
La muchedumbre, que anhelosa aguarda
A que la lucha empiece,
Se queja y se impacienta al ver que tarda,
Cuando del pabellon de Mandricardo
Sale un rumor que crece y siempre crece,
Y de que causa son, según parece,
Gradaso rey y el tártaro gallardo.

Despues de haber con diligente mano
Armado al de Tartaria el Sericano,
A ceñirle la espada

Va por el triste conde abandonada,
Cuando en su pomo Durandarte eserito
Mira y la enseña que llevaba Almonte,
Prendas preciosas, único delito
Que le costó la vida en Aspromonte.
Al verla, no dudó que fuese aquella
Ya tan famosa del señor de Anglante,
Por la cual del Levante
Vino con hueste numerosa y bella
A someter, hace años, la campiña
De Francia y una parte de la España.

Cosa por tanto reputando extraña
Que hoy esta espada Mandricardo ciña,
« ¡ De qué modo, » le dice, « cuándo, dónde
« Tan alta joya arrebataste al conde?
« Con él, por conquistalla,
« Trabé, » responde el tártaro, « batalla;
« Mas viendo cual audaz le desafío,
« Finge en demencia convertir su brio,
« Y, cual castor que, al verse perseguido,
« A sí mismo del miembro se despoja
« Por cazador avaro apetecido,
« En su fuga el de Anger su espada arroja. »
Sin dejarle acabar, el Sericano,
— « No pienses, no, guardarla en paz, » le dice;
« Que de oro, gentes y valor no en vano
« Hasta hoy por ella sacrificios hice.
« Busca pues otro acero;
« Que á mí me importa poco
« Que Orlando esté en su juicio ó que esté loco,
« Y de esa espada apoderarme quiero.
« Tú, sin testigos, en oculta senda,
« La usurpaste; yo al campo te provocho,
« A guardarla no aspiro sin contienda,
« Y á mi alfange mi causa se encomienda.
« Antes pues de servirte de esa espada,
« Que la compres exige
« La antigua ley que entre guerreros rige.

La frente alzando el otro, — « que me agrada, »
 Dice, « humillar al que mi enojo tienta ;
 « Mas haz que en ello el rey de Argel consienta ;
 « Haz que primero contra ti me deje
 « Combatir, sin temor de que por eso
 « Un solo instante mi denuedo ceje
 « De doble lid al soportar el peso.
 — « No ; » prorumpe Roger, « yo no tolero
 « Que se trastorne el turno establecido.
 « Al campo el rey de Argel salga el primero,
 « O presentarme en su lugar yo pido.
 « Si en su decir el rey Gradaso insiste,
 « Antes de combatir con mi divisa
 « Es condicion precisa
 « Que de mi Mandricardo la conquiste.
 « Volverme atras empero no es mi objeto :
 « Con Mandricardo el rey de Argel combata,
 « Yo á lidiar el segundo me someto.
 « Mas, si alguien de alterar el órden trata,
 « Yo lo turbo del todo ; pues no entiendo
 « Que ninguno esa enseña
 « Lleve si no la gana combatiendo.
 — « Aun cuando fuerais cada cual un Marte, »
 Replica Mandricardo en ira ardiendo,
 « No fuera todo vuestro esfuerzo parte
 « A quitarme las armas que defiendo ; »
 Y acercándose, en la ansia que le irrita,
 Con el puño cerrado, al Sericano,
 Tremendo golpe dándole, le quita
 A su pesar la espada de la mano.
 Cogido á la improvisa
 Gradaso, que de este acto de locura
 Al tártaro capaz no conjetura,
 A su furia no es fácil que resista.
 Mas, rojo de vergüenza y de coraje,
 Chispas de fuego lanza por la vista,
 Y sobre todo aflígele este ultraje
 Por haber sido en público paraje.

Ansioso de venganza se desvia
 Un tanto por sacar su cimitarra,
 Mientras á Roger en actitud bizarra
 Mandricardo de nuevo desafia.
 « Venid juntos los dos, venga si gusta
 « Rodomonte, » ies grita, « por tercero
 « Vengan África, España, el mundo entero, »
 « Que nada me intimida ni me asusta. »
 Así diciendo, agita
 Su espada en torno suyo con fracaso,
 Y, embrazando el broquel, se precipita
 Contra Roger y contra el rey Gradaso.

— « Déjame á mí, » dice este,
 « Dar castigo á tan loca demasia.
 — « No ; vive Dios, » dice Roger, « que es mia
 « Su espada y cara espero que le cueste. »
 — « Déjame, » dice el uno. — « Quita, quita, »
 Exclama el otro, y cada cual girando
 En derredor de Mandricardo grita.

Este combate entre los tres trabado
 Tuviera el mas extraño resultado,
 Si no se hubieran muchos interpuesto,
 Con peligro de ver cuanto el mezclarse
 En ajenas contiendas es funesto.
 La lucha dilatarse
 Pudiera largo tiempo á pesar de esto,
 Si con Marsilio no acudiera presto
 Agramante su rey, cuya presencia
 Respeto inspira, amor y reverencia.

De este combate vivo
 Asi que le refieren el motivo,
 Al rey Gradaso ordena
 Que hasta que aquella lid esté acabada
 Deje en poder del tártaro la espada.

Miéntas que así, no sin esfuerzo y pena,
 Trabaja por calmarlos Agramante,
 En el opuesto pabellon resuena
 Rumor entre el de Argel y Sacripante.

Luego que, como llevo referido,
 Con Ferragut aqueste á Rodomonte
 Las armas de Nembrot hubo ceñido,
 Se viene al sitio donde el rico freno
 Con espumante labio
 Tasca Frontino, causa del agravio
 Que en el pecho á Roger vertió veneno.

Del rey de Argel, nombrado por padrino,
 El circaso con ansia escrupulosa
 Escudriñaba si al adorno fino
 De su corcel faltaba alguna cosa:
 A fuerza de mirallo y remirallo
 A conocer perfectamente vino
 Que este era Frontalarte, su caballo,
 Por el cual tanta y tanta lid sostuvo,
 Y cuya ausencia le causó tal pena
 Que á pié durante largo tiempo anduvo.

Junto á Albraca robado se lo habia
 Brunelo el mismo dia
 En que, robando á Angélica su anillo,
 Privó de Balisarda
 De Anger al impertérito caudillo,
 Y á Marfisa gallarda
 De su espada y su trompa. Al libio suelo
 Con estas joyas retornó Brunelo,
 Y á Roger entregó con Balisarda
 El alazan lijero
 Al cual Frontino apellidó el guerrero.

Cuando seguro está de lo que afirma,
 Hácia el de Argel volviéndose el circaso,
 « Señor, » le dice, « mi caballo es este,
 « Que en Albraca me hurtó ladron infame.
 « Mas de uno encontraré que así lo ateste;
 « Y, pues nadie hay aquí que lo proclame,
 « Yo con las armas á la lid provoco
 « Al que ose sostener que me equivoco.
 « Merced, empero, á la amistad sagrada
 « Que hace dias nos une,

« Visto tambien que cosa es que importune
 « El no poder cumplir palabra dada,
 « Ese corcel te dejaré, si quieres,
 « Con tal que ántes dispuesto
 « Estés á confesar que te lo presto;
 « De otro modo jamas montarlo esperes,
 « A ménos que en la lid lo recuperes. »

Rodomonte, orgulloso hasta el exceso,
 Responde á Sacripante: — « A otro cualquiera
 « Que á hablarme de ese modo se atreviera,
 « Mas que sentir de mi furor el peso
 « Haber nacido mudo le valiera.
 « Mas la amistad, que has invocado, invoco,
 « Y me hace que en tu suerte me interese.
 « De tu designio loco
 « Desiste pues, por Dios, hasta que cese
 « El combate que voy dentro de poco
 « A trabar con el tártaro, y espero
 « Que, al mirar el ardor con que batallo,
 « Me pidas por favor guarde el caballo.

— « Cortes parece y vil es en extremo
 « Esa propuesta, » dicele el circaso
 Ardiendo en ira; « ¿qué, piensas acaso
 « Que mis derechos defender yo temo?
 « No; ;vive Dios! el hierro que tu empuñas
 « Yo con mi espada á quebrantar me obligo,
 « Y si con él vencerte no consigo
 « Te atacaré con dientes y con uñas. »

Esta disputa degenera en voces
 Y en amenazas: nueva lid se engresca;
 Que la ira hace en sus ánimos feroces
 El efecto que el fuego hace en la yesca.

Armado de los pies á la cabeza
 Está el de Argel; el otro está sin malla;
 Mas sostiene (tan grande es su destreza)
 Con su espada tan solo la batalla.
 El inmenso poder del argelino
 Sacripante equilibra